

LOS PRESIDENTES DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por EL MARQUÉS DE CALDAS DE MONTBUY

A don Pablo de Dalmases y Ros, primer marqués de Vilallonga por gracia de don Carlos, que fué, al abandonar España este príncipe, representante o embajador de las corporaciones catalanas en Londres, fué y debe a mi parecer considerarse con razón primer presidente de nuestra Real Academia, no sólo porque en un salón de su señorial casa de la calle de Montcada, en el que tenía una muy selecta biblioteca, se reunían para estudiar y comentar asuntos literarios o para leer algún trabajo generalmente poético varias personas de distinción, del clero o de la nobleza, y que con él fueron sus verdaderos fundadores, sino también porque en una de sus reuniones, celebrada a primeros de junio del año 1700, con ya cierto carácter de oficialidad, a pesar de acordarse que los cargos de presidente y secretario debían ejercerse por turno, se le asignó el número uno en la inscripción o lista de asistentes habituales, cuya agrupación se denominaba entonces Academia Desconfiada.

Escribió don Pablo Ignacio de Dalmases una interesantísima obra sobre Paulo Orosio, una historia de Cataluña, que no llegó a terminar, y varios opúsculos. Falleció el año 1718 y, seguramente, a haber vivido en 1729, al constituirse oficial y definitivamente nuestra corporación, hubiese sido elegido presidente.

Lo fué en la sesión del día primero de abril el presbítero don Segismundo Comas y Codinach, que había nacido en San Quirse de Besora y estudiado en la universidad de Barcelona, de la que fué catedrático de Retórica, disciplina que siguió explicando también como tal al trasladarse a Cervera. Fué varios años beneficiado de San Severo, durante los cuales se reunía la Academia en una casa de la calle de Tallers, propiedad de aquella capilla; después fué rector de la parroquia de Sant Cugat del Recó de Barcelona. Tuvo especial empeño en que los académicos observaran con rigor ciertas reglas de ortografía que había compuesto en colaboración con algunos

de ellos y que siendo catedrático había dictado a sus discípulos, uno de los cuales las recogió y publicó con el título *Ars rethoricae in usum scholarum collegii episcopalis Barcinonensis*. Su discurso o comunicación más notable fué la que pronunció en latín sobre la historia de las letras catalanas. No se tiene noticia de que publicase obra alguna.

Cortísima fué la duración de don Segismundo Comas en la presidencia, pues a últimos del mismo año, debido a su estado de salud, se vió obligado a no seguir en ella, indicándose entonces para ocuparla al Conde de Peralada, que por delicadeza no quiso aceptarla, y a su propuesta se nombraron dos vicepresidentes para que por turno la ejercieran, que fueron Fray Tomás Massanés, de la orden de Predicadores, y el P. Vicente Pablo de Sobrecases, teatino. Había ingresado en la Academia el Marqués de Risbourg, Capitán General de Cataluña y tanta parte tomó en sus sesiones, que en la celebrada en abril de 1731 se le nombró presidente.

José Guillermo de Melún, marqués de Risbourg, pertenecía a una familia feudal francesa, uno de cuyos ascendientes acompañó a San Luis a Palestina y otro fué mariscal; vino a España en 1703 con las tropas de Luis XIV, de las que era oficial, y formaba parte de la guarnición de Barcelona al capitular el virrey Francisco de Velasco. En 1710 le confirió Felipe V el mando del ejército de Extremadura y en 1725 la capitanía General de Cataluña, nombrándole al mismo tiempo presidente de la Real Academia. A Melún le correspondió llevar a la práctica los artículos del Decreto de Nueva Planta, en cuyo delicado cometido procuró no herir susceptibilidades, tal vez en agradecido recuerdo a haberle salvado la vida el Conde de Peterborough al caer prisionero. Durante su presidencia se acordó acuñar una medalla como insignia académica, en una de cuyas caras se grabó en su honor un emblema del apellido Melún. A su fallecimiento, ocurrido el año 1734, fué elegido presidente el Conde de Peralada, que se hallaba a la sazón en Italia.

Bernardo Antonio de Boxadors y Sureda era primogénito del Conde de Cavallá que con el séquito de don Carlos de Austria pasó a Alemania donde contrajo segundas nupcias y proponiéndose no volver a España le cedió los títulos de Peralada y Rocabertí con los importantes patrimonios a ellos vinculados. Estudió varios cursos de humanidades y tres de arte militar; muy joven ingresó en nuestra Corporación, que se reunía algunas veces en su palacio de la plaza de Santa Ana y de la que puede considerársele uno de sus fundadores. En 1733 formó parte de los ejércitos españoles que fueron a Italia, de donde regresó en 1737 y permaneció cuatro años

en Barcelona, durante los cuales se ocupó con singular actividad de la vida de la Academia con el propósito de que publicara un diccionario histórico de Cataluña, cuyos trabajos preliminares dirigía personalmente. Muy inclinado a la política, fué interesantísimo uno de sus discursos presidenciales sobre el arte de gobernar. En 1741 se vió precisado a trasladar su residencia a Madrid por haber ascendido a Mariscal de Campo, y en 1753 fué nombrado embajador de España en Portugal, donde falleció a los dos años a consecuencia del terremoto de Lisboa. Desde esta ciudad y antes desde Madrid sostuvo continua correspondencia en catalán con el vicepresidente don José de Mora, marqués de Llió, que le daba detallada cuenta de todo lo que sucedía en la Academia, la que hizo celebrar en sufragio de su alma un solemnísimó funeral en la parroquia de Nuestra Señora de los Reyes o del Pino, en el que pronunció la oración fúnebre el dominico Fray Joseph Mercader, su biógrafo, según el cual dominaba el latín, el francés, el italiano y el alemán, era muy entendido en literatura, elocuencia y música y su correspondencia diplomática se singularizó por la corrección y elegancia de estilo.

Su hermano, Fray Tomás de Boxadors, General de la Orden de Santo Domingo, perteneció también a nuestra corporación.

En la sesión del mes de enero del siguiente año se acordó, a propuesta del decano de los académicos, el Marqués de Sentmenat, nombrar para sustituirle a don Fernando de Silva y Alvarez de Toledo, duque entonces de Huéscar y después de Alba, en consideración a pertenecer a la Academia desde el año 1736 y a su poderoso valimiento en la Corte. Desde muy joven mostró singular afición a las letras el nuevo presidente, nacido en Viena, residencia de sus padres, que, partidarios de don Carlos de Austria en la guerra de sucesión, abandonaron con él España al triunfar Felipe V. Durante los años que residió en Madrid fué discípulo y amigo de don Tomás de Iriarte y asiduo concurrente a las tertulias literarias del Conde de Sástago. En 1756 fué elegido presidente de la Real Academia Española de la Lengua y Consiliario de la de San Fernando y pasados algunos años ascendió a Capitán General y fué embajador en Francia, donde según su biógrafo y sucesor, frecuentó el trato de Rousseau, d'Alembert y otros enciclopedistas. Cultivó durante toda su vida la poesía con singular elegancia y dedicó a nuestra corporación algunas de sus composiciones; muy entendido bibliófilo, empleó importantes cantidades en la compra de libros en el extranjero.

A su fallecimiento, ocurrido en 1776, los académicos, con idéntico propósito al que prevaleció en su elección, quisieron designar

«un presidente literato, condecorado y propenso a facilitar a la Academia lo que tanto necesita y que pudiese autorizarla con su asistencia personal», según reza el acta correspondiente, y juzgaron que tales circunstancias, especialmente la última, las encontrarían en don Francisco Fermín González de Bassecourt, primer conde del Asalto, entonces gobernador militar y político de Barcelona. Nacido en Pamplona, su educación militar y literaria había sido esmeradísima; como teniente y capitán de Guardias Reales tomó parte en las campañas de Italia, Portugal y Argel, y ascendido por los méritos en ellas contraídos a Teniente General; en 1780 fué nombrado Capitán General de Cataluña, después de haberlo sido interino durante dos años, y en 1782 Coronel de Guardias Reales, nombramientos que dieron ocasión a que se patentizara su prestigio en el seno de la Academia, cuyos trabajos dirigía personalmente, muy en especial los referentes a las materias a tratar en cada sesión. Sólo se conservan de su pluma algunas poesías líricas.

Falleció el Conde Presidente en Carabanchel, a mediados de agosto de 1793, y dadas las graves circunstancias políticas por que atravesaba España en aquellos momentos, conviniéndole por tanto a nuestra Corporación contar con el apoyo del Gobierno, en una de sus primeras sesiones del siguiente año se eligió presidente a don Manuel Godoy, en atención también a que, según sus biógrafos, desde su infancia sobresalió en el estudio de las humanidades. Con ocasión de hallarse en Barcelona el año 1802 acompañando a los Reyes presidió una sesión, y al verse precisado a salir de España escribió al vicepresidente don Miguel Juan de Magarola una sentida carta de agradecimiento y despido.

Los tiempos calamitosos para España lo fueron también naturalmente para nuestra Corporación, que cesó varios años en sus actividades; al reanudarlas en 1815 eligió presidente a don Juan Antonio de Fivaller y de Bru, primer duque de Almenara Alta, en agradecimiento a sus gestiones para que no desapareciera su archivo.

Nació don Juan Antonio en Barcelona y recibió esmerada educación literaria gracias a la cultura proverbial de su familia, como nos lo indica también que estudiara geografía en un tratado escrito por su padre. Se dedicó muy especialmente a la Paleografía, disciplina de la que llegó a ser uno de sus cultivadores más señalados y sobre la que dejó algunos trabajos inéditos muy interesantes. Procuró que la Corporación se inclinara primordialmente a estudios históricos, a cuyo objeto dispuso que se celebraran varias sesiones dedicadas exclusivamente a los referentes a Cataluña.

En 1820, al entrar a formar parte de la Academia varias personas

de significación ultraliberal, dimitió la presidencia, por juzgar que su continuación en ella podía perjudicar su normal desenvolvimiento, dadas las tendencias políticas imperantes. Fué uno de los indicados nuevos académicos don Joaquín Ruiz de Porras, nacido en Valladolid, y a la sazón Gobernador Militar de Barcelona; elegido presidente al año siguiente, se vió precisado a abandonar nuestra ciudad por haber sido destinado a Burgos, en cuya Capitanía General se le abrió proceso al cesar en el gobierno los elementos liberales; en 1826 se dictó en él sentencia absolutoria. Su actuación presidencial, que duró poco más de un año, se limitó a imponer severa disciplina en las relaciones académicas y a recoger y catalogar todos los documentos de la Corporación, algunos de los cuales se hallaban todavía en casa Dalmases.

Don Próspero de Bofarull y Mascaró entró también en la Academia con el grupo de elementos de ideas avanzadas. Nacido en Reus, de una noble familia, cursó en las universidades de Cervera y Lérida la carrera de Leyes; la Regencia le confirió el cargo de Archivero de la Corona de Aragón, del que le separó durante algunos meses el Gobierno de Fernando VII. Elegido presidente en 1822, al año siguiente quedó clausurada la Academia por la significación liberal de sus dirigentes durante los últimos tres años, muy contraria a la de la mayoría de sus componentes desde su fundación. Volvió a ocupar la presidencia desde 1837 a 1839 y otra vez desde 1843 hasta su fallecimiento. A su iniciativa se debió que nuestra Corporación se opusiera, mediante una razonada exposición, al proyecto del Gobierno de trasladar todos los archivos de España a Madrid, y la compra del monetario del canónigo Ripoll por cinco mil reales. Sus discursos y comunicaciones fueron muy interesantes.

Don Manuel Llauder y Comín, primer Marqués del Valle de Ribas, nacido en Argenton, ingresó muy joven como cadete en el regimiento de Vitoria, distinguiéndose por su pericia y valor en los sitios de Gerona; confiásele por ello el mando del regimiento de San Fernando y después el de una brigada mixta, con la que alcanzó señalada victoria sobre las fuerzas francesas muy superiores en número. Al terminar el trienio progresista, durante el cual vivió retirado en un pueblo de Aragón, ocupó varios cargos militares de importancia y en dos etapas el de Capitán General de Cataluña, durante la primera de las cuales, en 1834, fué elegido para la presidencia, que fué de corta duración porque al siguiente año, nombrado ministro de la Guerra, hubo de ausentarse de Barcelona. Su actuación en ella se limitó a designar una comisión para recaudar

fondos y a modificar algunos artículos de los estatutos para darles un carácter más en armonía con la época.

Don José Melchor Prat y Colom natural de Prats de Rey, prestó, en su calidad de doctor en Farmacia, señalados servicios en la guerra de la Independencia; de ideas adelantadas, fué taquígrafo y redactor del Diario de Sesiones en las Cortes de Cádiz y después en las de Madrid; en 1823 se vió precisado a emigrar y residió en Londres algunos años, durante los cuales se dedicó a estudiar humanidades y a traducir al castellano obras de los clásicos griegos. Se acogió a la amnistía del año 1833 y nombrado Gobernador Civil de Barcelona, al cesar en la presidencia el Marqués del Valle de Ribas, y según parece a su consejo, fué designado para ocuparla, pero más inclinado a la política que a las letras, a pesar de ser persona de gran cultura, no tomó parte activa en la vida académica, que dirigió don Próspero de Bofarull y que en 1837 volvió a ser elegido presidente, como dijimos. Pasados dos años lo fué don Joaquín Rey y Esteve, nacido en Mentuy, población de la diócesis de Urgell, que había estudiado en la Universidad de Cervera, de la que después fué Rector. Son muy notables sus escritos sobre Decretales y Concilios, pero se dedicó con preferencia a la política como su antecesor; fué regente de la Audiencia de Mallorca y de Barcelona y diputado y senador en varias legislaturas. Durante su presidencia, que también de hecho ejerció don Próspero, entró en la Academia don Jaime Balmes.

En 1860 fué elegido presidente, a propuesta de don Manuel Milá y Fontanals, don Ramón Roig y Rey, que pertenecía a nuestra Corporación desde 1838 y cuyas comunicaciones habían revestido siempre particular interés por la profundidad de sus conocimientos, especialmente las dedicadas a la historia de las universidades de Cataluña; su discurso de entrada, también muy ineresante, versó sobre la antigua Ausona. Más que literato, eximio jurisconsulto, disciplina que había estudiado en la Universidad de Cervera, el Ayuntamiento de Barcelona le nombró su asesor jurídico. Son notabilísimas sus obras sobre sucesiones y expropiación forzosa. Fallecido el año siguiente, fué elegido para sustituirle don Manuel Milá y Fontanals, de cuya personalidad en el mundo de las letras, como también de la de sus sucesores, sería ocioso y pretencioso que me ocupase porque con más conocimiento de causa y también más autoridad lo harán mis colegas en los demás artículos de este Boletín, por lo que me limitaré a consignar estrictamente su vida académica.

Durante su presidencia, y a su personalísima iniciativa, se acor-

dó nombrar una comisión para publicar una gramática y un diccionario de la lengua catalana; trasladar el museo del monasterio de San Juan, próximo a derrumbarse, a la capilla de Santa Agueda; vender la armería que no era de gran valor y nombrar académico honorario a Mosén Jacinto Verdaguer. Después de varias reelecciones, en 1878, su delicado estado de salud no le permitió seguir en su desempeño, y a su consejo, se eligió en su sustitución a don Joaquín Rubió y Ors, ingresado en la Academia el año 1844, en agradecimiento a haber dedicado a la Corporación su traducción y estudio crítico de *La Jerusalén Libertada*.

La tan intensa vida cultural pública del nuevo Presidente no fué óbice para que atendiera con ejemplaridad a la académica; así, fué su asistencia a las sesiones y notabilísimas sus comunicaciones, especialmente las que tituló «Crítica del Judío Errante», «Introducción a las obras de Salustio, traducidas por el infante don Gabriel», «Atila» (poesía), «Estudio sobre los documentos relativos a la batalla de Lepanto» regalados a la Academia por don Antonio Aparicio, coronel de Ingenieros, y «Consideraciones acerca de la poesía de la naturaleza antes y después del Cristianismo». El año 1889 se le nombra, como a su antecesor, presidente honorario, porque a su parecer la salud no le permitía seguir siéndolo efectivo. Bajo su presidencia se celebró en 1884 la sesión necrológica de don Manuel Milá y Fontanals, a la que asistieron los presidentes de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia y el Ministro de Gracia y Justicia. Tres años después de su fallecimiento, en 1902, se celebró la suya a cargo de Mosén Jacinto Verdaguer.

Desde 1889 a 1893 ocupó la presidencia don Cayetano Vidal y Valenciano, que había sido académico correspondiente en Vilafranca del Panadés, su villa natal, y después secretario. Interesantísima fué su comunicación sobre las *Metamorfosis* de Ovidio. Le sustituyó don José Balari y Jovany, a cuya propuesta se acordó la impresión de un manuscrito conteniendo la traducción castellana del *Libre de Cavalleria*, de Ramon Llull, que el académico numerario don José R. de Luanco encontró entre los papeles de don Gaspar de Jovellanos. A su fallecimiento, ocurrido a principios de 1901, fué elegido presidente don Francisco de Sales Maspons y Labrós, que murió a últimos del mismo año, sustituyéndole don Manuel Durán y Bas, el más antiguo de los académicos. A su iniciativa, y no sin oposición, se acordó ceder al Centro Excursionista de Cataluña una columna del templo de Hércules, donada a nuestra Corporación por el propietario de la casa de la calle del Paradís, lugar de su emplazamiento. Su muy delicada salud no le permitió desde 1905

asistir más que a las reuniones que se celebraban en su casa. Don Felipe Bertrán de Amat, que le sustituyó a su fallecimiento, acaecido dos años más tarde, presidió una solemnísimas sesión dedicada a conmemorar el nacimiento de Jaime el Conquistador.

El 1911 fué elegido presidente don José Pella y Forgas, a quien se debe la instalación de nuestra entidad en el palacio de la calle de Cassador, su sede actual. Fallecido en 1918, le sustituyó don Francisco Carreras Candi, que cesó en la presidencia en 1931, y la desempeñó nuevamente pasados cuatro años, durante los cuales la ocupó don Eduardo Toda y Güell.

No se reunió la Academia ni tuvo actividad alguna durante la dominación roja en nuestra ciudad, y al reanudar sus tareas corporativas fué elegido presidente don Fernando Valls y Taberner, que procedió con delicado acierto en la etapa que podemos llamar de reorganización. Su inesperado fallecimiento el año 1942 constituyó una muy sensible desgracia para nuestra Corporación y para los estudios históricos en general.